

ritano, el bálsamo del consuelo en las heridas del alma nosotros besamos con respeto las huellas de vuestro tránsito y aplaudimos con vehemencia vuestro celo fervoroso. ¡Sacerdotes todos de la nueva ley! la corona del magisterio ciñe vuestras sienes; el dón de la sabiduría reposa en vuestros labios; en vuestras manos se inmola el Cordero inmaculado; son hermosos vuestros pies, que evangelizan la paz!.....

¿Lo has escuchado, hermano mío? Eres grande entre los hijos de los hombres, porque has sido segregado, de entre ellos, para ofrecer dones y sacrificios por sus pecados. Su salvación es la única obra de que estás encargado; desde hoy, hermano mío, no puedes salvarte solo, ni perderte solo; á ellos pertenecen tus cuidados, tus vigiliás, tus talentos, tu vida y tu muerte; sus necesidades y aflicciones deben ser las tuyas; nada debe dolerte, como sus pecados, ni nada alegrarte, como su fidelidad; que no te desalienten sus miserias; toca siempre á las puertas de su corazón; espéralos con paciencia; recíbelos con amor; derrama lágrimas sobre su impenitencia, no olvidando que más gozo hay en el cielo por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Siguiendo esta línea de conducta, herirá tu oído esta consoladora palabra: "siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor" (1). Así sea.



(1) *Serve bone et fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multam te constituam, intra in gaudium Domini tui. San Mateo, c. XXV, v. 23.*



III

Santísimo Sacramento

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de San Lázaro el día 28 de Junio de 1868

*Parasti in conspectu meo mentem adversus eos qui tribulant me.
Me has preparado. Señor. un banquete contra aquellos que me atribulan
Salmo. XX 11, v 5.*

Mis hermanos:

SÓLO la infinita sabiduría del Dios caridad pudo hacernos encontrar el soberano remedio del pecado en la tentación misma, que causó la ruina del humano linaje. Seréis como Dioses, dijo la serpiente á nuestros progenitores, quienes, seducidos con la perspectiva de tan sublime engrandecimiento, creyeron esa palabra de mentira, desobedecieron el mandamiento de su Dios y Señor y se precipitaron en el espantoso abismo de todas las miserias. Sobre el borde de ese abismo resonó, en la plenitud de los tiempos, una palabra de misericordia y de verdad: era la dulcísima voz del Dios Redentor que pretendía rehabilitar á la humanidad degenerada, verificando la engañosa promesa del espíritu de tinieblas. El hombre se perdió porque quiso, con inaudita insensatez,

levantar hasta el trono mismo del omnipotente su pobre y miserable existencia: ERITIS SICUT DII; (1) y ¡cosa singular, mis hermanos!, el hombre no ganará lo que perdió, ni encontrará remedio para su dolencia, sino participando de la misma gloria de la divinidad, según el sentido de estas magníficas y consoladoras palabras: "Sino comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros". "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (2).

Procuremos penetrar este misterio de amor, descubriendo en el adorable sacramento de la Eucaristía la medicina universal de las pasiones humanas.

Inmaculada María, elegida desde toda la eternidad para que encarnase en tus castísimas entrañas el unigénito de Padre, alcánzame la gracia indispensable para hablar con acierto de esa encarnación mística del amoroso Jesús, en las almas fieles, por el sacramento de su amor. Ave María.

INDRODUCCIÓN

Tan inherente es la tribulación á la vida del hombre en este mundo que el Espíritu Santo no ha vacilado en decirnos que la vida del hombre es una continua batalla sobre la tierra: MILITIA EST VITA HOMINIS SUPER TERRAM (3). Sí, mis hermanos, batalla formidable contra los jurados enemigos de nuestra felicidad. El evangelista S. Juan los reduce á tres: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida; emponzoñadas fuentes en que tiene su origen el torrente de tribulaciones que afligen al hombre; malditas raíces prendidas en el corazón humano de las que germina ese árbol cargado con los frutos de la iniquidad.

(1) Génesis, c. III, v. 5.

(2) San Juan, c. VI, vs. 54 y 57.

(3) Job, c. VII, v. 1.

Pues bien, yo pretendo manifestaros que el Sacramento de la Eucaristía es el arma invencible para triunfar de tan terribles adversarios, desenvolviendo el sentido de esta palabra profética de David: PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS QUI TRIBULANT ME. Me has preparado Señor un banquete contra todos aquellos que me atribulan. Precisaré mi pensamiento. Las falsas promesas que hizo el demonio á nuestros primeros padres llevaban en su seno todas las desventuras y todas las catástrofes; al contrario, la promesa de N. S. Jesucristo "el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" contiene, junto con el remedio de todos los males, la prenda infalible de una felicidad verdadera. Y viniendo á un terreno más práctico, avanzo las tres proposiciones siguientes, que os declararán por completo el plan de este discurso. Las humillaciones sorprendentes de N. S. Jesucristo sacramentado, son el más poderoso remedio contra los desórdenes de nuestra ambición; y he aquí la primera: su absoluta y voluntaria pobreza, en este sacramento adorable, es un antidoto infalible contra el desenfreno de nuestra avaricia; y he aquí la segunda: el recuerdo de su pasión y de su muerte, vinculado al sacrificio eucarístico, es la medicina más eficaz contra los desbordes de nuestra sensualidad; y he aquí la tercera: es decir que el misterio de nuestros altares contiene el único y seguro remedio contra las tribulaciones que de todas partes nos cercan y que tienen su origen en la pasión de los honores, en la pasión de las riquezas, en la pasión de los placeres. El desarrollo de estas proposiciones os pondrá de manifiesto todo el sentido de esta sentencia profética de David: PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS QUI TRIBULANT ME. Os ruego que prestéis atención á una materia tan importante.

PUNTO PRIMERO

El hombre no quiso conformarse con el título y los derechos de rey de la creación entera. Parecióle estrecha la corona de monarca del universo y creyó que podía sostener en su débil cabeza la de rey inmortal de los siglos; creyó efímero el cetro de su dominación sobre las criaturas y pensó que podía empuñar en sus débiles manos el de supremo hacedor de los cielos y de la tierra; parecieronle pequeños los extensos dominios de su jurisdicción y quiso extenderla, en la inmensidad de los espacios y en la plenitud de los tiempos. ¡Pobre criatura! víctima de un sueño, no despertó de él sino para experimentar el castigo de su loca ambición. Quiso escalar el cielo y asentarse en el trono de luz indeficiente, y encontróse súbitamente precipitado al abismo y sentado en las tinieblas de la muerte. Ya lo veis, mis hermanos, esa ambición de inmerecidos honores, que tanto angustia el corazón humano, fue el principio de nuestra ruina, y hubiera sido su consumación perfecta, sin la infinita misericordia del Dios Redentor. Admirad conmigo la inefable sabiduría del médico celestial. La ambición del hombre, que quiere ser Dios, será destruída con el abatimiento de Dios, que quiere hacerse hombre; la soberbia del hombre que con insensato orgullo lanza al cielo esta blasfemia: *NON SERVIAM* (1), no serviré, será reparada por el anonadamiento supremo de Dios, que dice: "seré obediente hasta la muerte y muerte de Cruz". Así, mis hermanos, yo descubro, en el adorable misterio de las infinitas humillaciones de un Dios, el más eficaz remedio contra las pretensiones ambiciosas del corazón humano. Porque no basta, hermanos míos, enseñar al hombre el precio sumo de la humildad y los peligros de la soberbia. Es tan seductor el brillo de los honores

(1) Jeremías, c. II, v. 20.

es tan halagüeño el pensamiento de la grandeza que fácilmente hubiera olvidado el hombre esa santa enseñanza, aun cuando estuviera autorizada por el Espíritu de Dios. De aquí la necesidad de poner, delante de sus ojos, un modelo práctico de verdadera humildad, á fin de que, no apartando su vista de este divino ejemplar, pudiese combatir con rigor las tentaciones de la ambición y de la soberbia. Por eso encarnó el unigénito de Padre, ocultando la gloria de su majestad bajo las apariencias del siervo: *EXINANIVIT SEMETIPSUM* (1); por eso nació en un pesebre, se meció en pobre cuna, vivió ignorado y murió entre los desprecios del pueblo y las ignominias de la Cruz. ¡Quién lo creyera, mis hermanos! Tan sublime lección de humildad no habría bastado para curar nuestra soberbia. El tiempo nos hubiera hecho poner en olvido la pavorosa tragedia del Calvario; y hoy, lo mismo que hace seis mil años, estuviera el hombre alimentando en su fantasía los sueños de un engrandecimiento divino: *ERITIS SICUT DII*, si esas humillaciones no se hubieran perpetuado y no se perpetuarán hasta la consumación de los tiempos. Allí tenéis, mis hermanos, en el adorable sacramento de nuestros altares el compendio maravilloso de las infinitas humillaciones de Dios. En la encarnación, ocultó los esplendores de la divinidad, bajo la cubierta de una carne mortal; aquí esconde, á un mismo tiempo, á Dios y al hombre, bajo los místicos velos del sacramento; en su dolorosa pasión, experimentó la ingratitud de su pueblo, el desprecio de los fariseos, la burla de los sacerdotes y la inicua sentencia de sus jueces; aquí experimenta la ingratitud de los cristianos, el desprecio de los herejes, la burla de los impíos y algunas veces, por un misterio de inconcebible ceguera, una sentencia de proscripción; en su ignominiosa muerte, se separaron,

(1) S. Pablo á los filipenses, c. II, vs. 5 y 8.

para volverse á unir, su alma santísima y su cuerpo adorable; aquí se renueva místicamente esa separación, todas las veces que el sacerdote consagra la sagradas especies. De manera que el Sacramento de la Eucaristía es la perpetua continuación y la más perfecta síntesis de todas las humillaciones de Dios. Y decidme ahora, hermanos míos, ¿qué pensamiento de soberbia anidará el hombre, en el fondo de su corazón, si tiene delante de su vista el infinito anonadamiento de Jesús Sacramentado? ¿Qué proyecto de ambición alimentará el hombre, en lo íntimo de su alma, si contempla al Dios de la magestad humildemente escondido bajo los accidentes del pan y del vino? Indudablemente, mis hermanos: es imposible resistir á la influencia medicinal de este pensamiento salvador. ¿Cómo es posible que yo, polvo y ceniza, pecado, corrupción y muerte me ensoberbezca, cuando mi Dios, mi Señor, el Rey del cielo y de la tierra, cuyo nombre incomunicable escriben las estrellas en el firmamento, cuya gloria publican los cielos con su magnificencia, cuyas alabanzas cantan los ángeles pulsando con infinita melodía sus harpas de oro, cuyo poder se retrata en la dilatada extensión del ancho mar, cuya inmensidad no cabe en la inmensidad de los espacios; como es posible, repito, que yo me ensoberbezca, cuando el soberano Señor de cuanto existe, se anonada, ocultando su grandeza bajo de humildes formas? ¡Ah, mis hermanos! Yo creo que todo pensamiento de soberbia quedará desconcertado, que todo proyecto de ambición quedará deshecho, bajo la poderosa influencia de esta palabra de amor: "Aprended de mí que soy humilde de corazón". (1) Y notad que Jesús no os dirige esta invitación sino desde el humilde trono en que está sentado; y que ella no penetra hasta vuestros corazones, sino salvando los místicos velos del Sacramento. Con razón

(1) Discite á me quia mitis sum et humilis corde. S. Mat. c. XI, v. 29.

os he dicho que el sacramento de la Eucaristía contenía el remedio de nuestra soberbia; y con razón cantó David divinamente inspirado, PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM ADVERSUS EOS, QUI TRIBULANT ME. Continúadme vuestra atención y veréis como es, también, medicina de nuestra avaricia.

PUNTO SEGUNDO

El pueblo de Israel, rechazando el culto del verdadero Dios y adorando un becerro de oro, es la perfecta imagen del hombre envilecido por las riquezas. Como aquel veleidoso pueblo, el avaro es un Rey decaído, que depone las insignias de su soberanía y tributa homenaje á un ídolo de vil metal. Profundo es el abismo de miseria en que precipita al hombre su ambición ó su soberbia; pero este desorden no envuelve tanta degradación como el infame vicio de la avaricia, pues, en el primero, no hay otra cosa que el extravío del sentimiento de la propia grandeza, mientras que, en éste, desciende el hombre hasta el punto de abdicar su propia dignidad adorando la materia. Ancha y profunda llaga ha abierto el apetito desordenado de las riquezas en el corazón del hombre; y ha sido indispensable la pobreza voluntaria del Hijo de Dios para que aprendamos cuanta es la vileza del dinero y cuantos los peligros de su posesión; ha sido necesario que el Evangelio lanzase un terrible anatema contra las riquezas, para que el cristiano viese en ellas un elemento de condenación y una piedra de tropiezo para su felicidad. Pero, ni las severas y formidables amenazas del Evangelio contra los ricos de este mundo; ni el haberse desposado con la pobreza el Unigénito del Padre, naciendo reclinado en su seno, viviendo abrazado con ella y muriendo en la absoluta desnudez de todas las cosas, han bastado para extinguir en el hombre la sed ardiente de

los bienes terrenales. Hace diez y nueve siglos que la pobreza fue glorificada en la persona del Salvador del mundo; la Iglesia, en su larga peregrinación, nos ha ofrecido generosos imitadores de la pobreza de Jesús: son almas nobles y elevadas que, puestos los ojos en la eternidad, supieron hollar con firme planta la vanidad de las riquezas mundanas; y sin embargo, los hombres corren como locos tras de los bienes de la tierra, trabajan incansablemente para conseguirlos, no sacian su apetito con poseerlos y se inquietan y se angustian con el temor de perderlos. ¡Oh extrema miseria la del hombre! Destinado á vivir breves días, en esta tierra de llanto y de infortunio, los consume en atesorar riquezas perecederas, sin pensar que ha de hundirse en la hoquedad de un sepulcro, para presentarse, sólo y desnudo, en el terrible tribunal de su soberano juez. En la eternidad, mis hermanos, para nada valen, ni de nada sirven, las riquezas temporales, fuera del caso en que hayan rescatado los pecados, depositándolas en el seno del pobre. Mas, para oponer á las riquezas una condenaición suprema y un preservativo infalible, no necesito apelar á la sentencia del último juicio; bástame congregar á los ricos al rededor del santuario y poner delante de sus ojos el contraste que ofrece su amor á la riqueza y la extrema y voluntaria pobreza de Jesús Sacramentado. Y si mi palabra pudiera abrirse paso hasta el corazón de los potentados del siglo, yo les diría: “venid y ved un prodigio siempre antiguo y siempre nuevo”(1). Aquel Señor omnipotente, que, con un acto de su voluntad, hizo los cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene, ha sido reducido, por amor al hombre, para apagar en su corazón el apetito desordenado de las riquezas, á la condición de la más absoluta pobreza; confiado está el

(1) Venite et videte opera Domini quae possunt prodigia super terram. Salmo 45.

Sacramento de su amor á la solicitud de sus ministros y á la caridad de los fieles. Nada tiene, nada posee, de todo necesita, y resignado en su abatimiento voluntario, no se queja si la ingratitude de los hombres no repara la indigencia á que lo ha reducido su amor, empleando en su culto esas mismas riquezas, que su liberal mano les ha concedido. Del inflamado corazón de este amante de la pobreza parte una ardiente saeta destinada á grabar en el vuestro esta sentencia de eterna verdad: “bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos” (1). Y ciertamente, la meditación de la pobreza voluntaria de Nuestro Señor Jesucristo, en el adorable Sacramento del Altar, es poderosa, por sí sola, para hacernos menospreciar las riquezas de este mundo y estimar únicamente las espirituales y celestes. Aquí se me presenta la ocasión de lamentar con vosotros la punible incuria con que muchos cristianos miran el desgüeño y abandono del culto del Señor y de su santo templo, mientras que gastan profusamente, en el regalo y la molición de la vida. Tiemblo, hermanos míos, considerando que puede recaer sobre ellos esta terrible sentencia: “Id malditos de mi Padre al fuego eterno, porque estuve desnudo y no me cubristeis”(2). Sí: seguramente incurrirá en este castigo quien, disipando los bienes con que el Señor le ha colmado, no los emplee principalmente en el decoro y pompa del servicio divino. Quiero, también, bendecir con vosotros á esos cristianos fieles que, inflamados de una piedad verdaderamente filial, defraudan una buena parte de sus bienes á las honestas comodidades de la vida para aumentar el ornato y esplendor del santuario; y que vuestra bendición sea una prenda y como un preludio de aquella otra que el Señor derramará

(1) Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum coelorum. S. Mat. c. V, v. 3.

(2) Discedite á me maledicti in ignem aeternum..... Nudus et non cooperuisti mei. S. Mat. XXXI, vs. 41 y 43.

sobre sus escogidos, diciéndoles: “Venid benditos de mi Padre; poseed el Reino que os está preparado, porque estuve desnudo y me cubristeis (1). Estimulémonos, también, nosotros con el ejemplo de la pobreza de Jesucristo á no fijar nuestro corazón en tesoros, que los ladrones pueden robar ó la polilla puede consumir, y esforcémonos en merecer la recompensa prometida á los que, como Nicodemus, cubren con una rica y limpia sábana la desnudez del Salvador. Os he dicho lo bastante para que os enamoréis de la pobreza cristiana, contemplando á vuestro Dios pobre y cautivo, por amor á los hombres. Para preservaros de las inquietudes y peligros de las riquezas temporales, acudid al banquete eucarístico, que es mesa preparada para los pobres, aunque se sirva en ella el pan de los ángeles. PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM. Os diré dos palabras sobre la prodigiosa virtud de este Sacramento, para curar nuestra sensualidad.

PUNTO TERCERO

Imposible parece, sino lo vieramos todos los días, que el hombre llegara á ser siervo de la carne y de la sangre. Poseedor de una alma inmortal, heredero de un trono en el Reino de los celestiales espíritus, destinado á deleitarse eternamente en la suave contemplación de la belleza infinita, causa pena verlo cautivo por las ilusiones de los sentidos. Como el águila, debiera remontar su vuelo, para mirar con apacible tranquilidad al Sol de Justicia, y da lástima verlo fijo sobre el suelo, llevando al pie la afrentosa cadena del esclavo y arrastrando sus alas en el polvo de la tierra. ¡Que triste y desconsoladora realidad es esta del reinado de la

(1) Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum. . . . Nudus et cooperuisti mei. S. Mat. XXVI, vs. 34 y 36.

sensualidad en el mundo! ¿Cómo es posible que haya podido triunfar de las armas con que perpetuamente ha sido combatida? Y para no hablar de otras muchas ¿cómo ha podido resistir y vencer, en la lucha encarnizada que le ha declarado la enfermedad y la muerte? ¿cómo es posible que haya arrancado del corazón humano ese manto de funeral tristeza con que lo han cubierto los infortunios de la vida, para dar entrada al deleite y los placeres? ¿cómo es posible que la poderosa voz del ángel de la destrucción, que ha reducido á un montón de cenizas á las pasadas generaciones de los hijos de Adán, no haya resonado bastante en nuestros oídos para que aun podamos escuchar la invitación de la sensualidad á disfrutar de las delicias de la vida?

¡Oh! hermanos míos, y no ha quedado aquí la ceguera lamentable del hombre. A la experiencia de cada día, que le muestra la vanidad esencial de la vida del hombre; á las lecciones mismas de la muerte, que le enseñan cómo todo termina en la oscuridad del sepulcro, ha tenido la insensata temeridad de responder: “Pues bien, si son breves y fugaces los días de nuestra mansión en la tierra, coronémonos de rosas antes que las marchite la mano polvorosa del tiempo ó que las deshoje por completo el hielo de la muerte”(1); y con este pensamiento, se echa en brazos de todos los placeres. Considerando el grado de envilecimiento en que ha sumido al hombre la concupiscencia de la carne, fácilmente se comprende cómo resiste esta enfermedad á toda medicina, y cómo no hay otra manera de curarla que la escogida por la infinita sabiduría del Dios Salvador. Padre eterno, exclama, puesto que el hombre ha desconocido tu soberanía, prostituyendo su alma inmortal á los apetitos de la carne: hé aquí que yo me ofrezco como víctima para reconocer tu soberano y absoluto do-

(1) Libro de la Sabiduría, c. II.

minio sobre todas las cosas; puesto que el hombre ha menospreciado tu ley santa para entregarse á la depravación de sus sentidos: hé aquí que yo, cumpliendo un decreto de tu voluntad adorable, entrego mi inocente cuerpo á los tormentos y á la muerte. Mis hermanos, ¡cuán tierna debe ser la gratitud de nuestro corazón hacia esta gran misericordia de nuestro Dios y Señor, porque hemos encontrado ya el medio seguro de destruir el imperio de la sensualidad. Ved si nó cómo, desde el instante en que fué expuesto á las miradas del mundo el corpollagado de Jesucristo, convirtiéronse los hombres de carnales en espirituales, de amigos del placer y del deleite, en amadores del dolor y de la penitencia. Y ¿quién no los amará, mis hermanos, sino sólo se han hecho amables sino adorables en la divina persona del Salvador del mundo? ¿Quién regalará y contentará su cuerpo, viendo ensangrentado el de su amado Jesús? ¿quién no encontrará dulzura en los rigores de penitencia, viendo destrozada á golpes la inocente carne del Cordero de Dios? ¿Quién no hallará amargos los placeres de los sentidos, sabiendo que el divino Redentor gustó para expiarlos, hiel y vinagre? ¡Ah, mis hermanos después de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ya no me admiran en el Cristianismo esos ejemplos de asombrosa penitencia que nos han dejado los Santos; maravillame, sí, nuestra flojedad para abrazar esa cruz de la mortificación cristiana, sin cuyo saludable yugo es imposible salvarnos; maravillame, sí, que un cristiano, teniendo á la vista la bendita imagen de su Salvador crucificado, se ocupe en halagar y complacer sus sentidos, más bien que en castigarlos y reducirlos á servidumbre. Mas, ya el hombre no puede quejarse de que le es imposible domar su concupiscencia, porque, para apagar sus fuegos cuenta con toda la sangre de un Dios; y para que la virtud divina de esa preciosa sangre estuviera siempre á su disposición quiso Dios, con amorosa y singular providencia, que se renovase todos los días sobre nuestros

altares el sacrificio de la redención. Y hé aquí cómo, siendo la Eucaristía la verdadera renovación del sacrificio de la cruz contiene plenamente toda su fuerza y su virtud. Por esto, todo cristiano que crea y confiese que, en el Santo Sacrificio de la Misa, se renueva la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, encontrará en él la fortaleza necesaria, para sujetar su apetito al yugo de su espíritu. Por esto, todo aquel que experimenta, como S. Pablo, esa ley de sus miembros que se opone á la ley de su espíritu, se acerca á la mesa eucarística para alimentarse con la sangre purísima de Nuestro Salvador; por eso, todo el que se ve afligido por el peso de aquella gran tribulación, que el Apóstol llama la tribulación de la carne, corre presuroso á la bodas del Cordero para escanciar en ellas ese vino generoso, que engendra la virginidad..... Basta, mis hermanos: la profecía de David se ha cumplido; el banquete eucarístico comunica una fortaleza divina, para triunfar de aquellos implacables enemigos que siembran de peligros el camino de nuestra vida. PARASTI IN CONSPECTU MEO MENSAM.

¡Amorosísimo Salvador mío, que te ofreces cada día en holocausto á tu eterno Padre por los pecados del mundo! tú mismo nos enseñas la virtud sobrenatural del Sacramento de tu amor. Llamándonos hacia ti nos dices: venid á mí todos los que estáis trabajados y cansados y yo os aliviaré. Sí: venid los que estáis inquietos y angustiados por la persecución de los vanos honores del mundo; comed esta carne bendita, bebed esta sangre divina, que han sido el teatro de mis humillaciones y aprenderéis á ser humildes de todo corazón. Acudid presto los que estáis abrumados con la pesada carga de las riquezas temporales; sentaos á mi mesa, y sabréis menospreciarlas y gustar de las espirituales y celestes; no tardéis los que os sintáis afligidos por la tiranía de la concupiscencia; tomad un puesto en el banquete eu-

carístico y seréis castos, nutriendo vuestras almas con el pan de los Angeles. Venid, pues, todos los que estáis trabajando y cansados y yo os aliviaré. ¡Ah, Jesús mío! hemos oído tu palabra y la cumpliremos fielmente. En adelante, buscaremos en Ti la fortaleza necesaria para vencer á nuestros enemigos; y ojalá que, robustecidos con esa vianda espiritual de tu cuerpo y de tu sangre, podamos llegar al monte santo de Dios, que es la eterna bienaventuranza.

Amén.



IV

San Francisco Solano

Sermón panegírico, pronunciado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles de la recolección franciscana el día 24 de julio de 1868.

Existimo enim nihil me minus fecisse á magnis Apostolis.

Mas yo nada pienso haber hecho menos que los grandes Apóstoles.

San Pablo, Epístola II á los Cor. c. XI, v. 5.

Mis hermanos:

EL apostolado es la institución más augusta que existe sobre la tierra. Creada, por el Salvador del mundo, entre los resplandores de su resurrección, debe propagar su divina enseñanza, en toda la extensión de los tiempos y hasta los últimos confines del orbe de la tierra: IN OMNEM TERRAM EXIVI SONUS EORUM. ET IN FINIS ORBIS TERRAE VERBA EORUM (1). ¡Qué grandiosa misión, hermanos míos, la del apóstol de Nuestro Señor Jesucristo! Mensajero de la buena nueva, debe anunciarla á todos los que yacen sentados en las tinieblas de la ignorancia y del error; ángel del Nuevo Testamento, debe traer á la tierra las embajadas del cielo,

(1) David en el Salmo 18, v. 4.